

Cristianismo y civilización (1)

Juan Danielou

La civilización cristiana plantea un problema irritante y por lo tanto inevitable, es una realidad ambigua que da margen a numerosas interpretaciones. Así no sé si esta expresión tiene el mismo sentido para los que leen este texto. El término "civilización" se emplea en varios sentidos: ya, designa el conjunto de las estructuras técnicas y sociológicas que condicionan la vida colectiva de la humanidad en un momento histórico; ya, la mentalidad de un grupo humano cualquiera que permita al hombre realizar su vocación. "Civilización cristiana" asume naturalmente, sentido diferente, en tanto se refiera a una u otra de esas concepciones.

Pero la ambigüedad de la expresión no está solamente en las palabras. Reside en la propia esencia del concepto, porque se coloca en la frontera de dos mundos: de un lado la iglesia con su misión propiamente sobrenatural; de otro, la ciudad terrestre con su fin propiamente humano. La civilización cristiana caracteriza, pues, un mundo esencialmente transitorio, que no es el de las ciudades terrestres de sus bienes y sus dioses- y que tampoco el de la ciudad celeste cuyos miembros son los santos y Cristo es el jefe. La existencia cristiana se encuentra en fundamental ambigüedad por pertenecer a esas dos ciudades.

Sería más cómodo naturalmente, si la Iglesia y la ciudad pudieran ignorarse mutuamente y llevar a cabo su misión. Algunos pensadores de hoy juzgan que de esa manera se podría disociar el cristianismo y la civilización, dejando la responsabilidad del primero a una iglesia que habría de reconocer que no tiene nada con la civilización, y la responsabilidad de la otra a un marxismo que dejaría de ocuparse de la religión o de la a-religión. Pero esa solución, extremadamente fácil, no tiene razón de hecho ni de derecho. La Iglesia no puede desinteresarse de la sociedad temporal también sujeta a la ley de Dios cuyo intérprete es la Iglesia. Consecuentemente, debe la Iglesia arrastrar atrás de sí el peso enorme de la civilización que a su vez, llevará en sí la llaga abierta del cristianismo en cuanto dure este mundo. Pero es del cristianismo de quien vamos a hablar.

-----0-----

Cumplenos en primer lugar descartar las concepciones inaceptables de civilización cristiana procurando disociar o ubicar sus ambigüedades. La primera identificaría pura y simplemente cristianismo y civilización cristiana. Tomamos el término civilización en su sentido más eminente en cuanto define un conjunto de valores. Llamamos civilización cristiana a aquélla, cuyas instituciones fueran conformes a la ley divina, mejor todavía aquélla que las costumbres estuvieran penetradas de espíritu cristiano. Y es muy discutible si tal civilización existió algún día. Inclusive si hubiera existido, existiese o pudiese existir, deberíamos en primer lugar denunciar el equívoco que la identifica con el cristianismo como tal.

Nada más lamentable que esta degradación del cristianismo: es la "terrible ilusión", apuntada por Kierkegaard. El cristianismo no es cierta concepción de la vida humana, ni siquiera la más eminente de las concepciones de la vida humana. Es un acontecimiento divino que se da en el seno de nuestra miseria y que nos arrebató de esta civilización, que no pasa de un arreglo nacido de nuestra miseria para hacernos pasar a un plano superior. Toda civilización nace de la carne, del hombre natural, de este mundo de la vida presente y de sus cuidados. La esencia del cristianismo es el Espíritu en el sentido bíblico de la palabra. Es la transfiguración de nuestra miseria. El fin último que el cristianismo nos propone no es la construcción de la ciudad terrestre, sino el de la Jerusalem celeste y su gloria.

Esa reducción del cristianismo a un ideal terreno y de Cristo a un filántropo es la peor de las degradaciones. Sin embargo, hay muchos hombres que aman a Cristo y no creen en él; para ellos Cristo es un profeta, tal vez el mayor de los profetas, pero sólo un profeta -y no el verbo de Dios asumiendo nuestra humanidad en la encarnación, purificándola en la sangre de su cruz e introduciéndola en la Ascensión dentro de la casa del Padre.

Esa manera de ver puede ser tal vez para el no cristiano una primera etapa en dirección al cristianismo. Para un cristiano ella no tiene sentido. Lo que debemos oponer al marxismo no es una civilización cristiana, mismo ideal, que no se colocara en un plano idéntico al de él, sino más bien la afirmación del cristianismo en su dimensión total. Pues no es en el orden de la civilización que en primer lugar habremos de buscar la superioridad del cristianismo, sino en el hecho de llegar él donde la civilización no penetró, a los abismos de la miseria del hombre, a las profundidades recónditas de su corazón. Sólo el cristianismo trae la salvación por la gracia.

Los eventos reales del cristianismo no son los que puntualiza la historia de las civilizaciones. Más importante que los ascensos y caídas de los Imperios, que el brillo de las victorias, que las invenciones de los científicos, que las creaciones del arte, son la Encarnación del Verbo y su Resurrección, la efusión del Espíritu y la misión de los Apóstolos, la conversión y la santificación de los corazones. Mas lo valen los santos que los genios y los héroes. Siempre estaremos con Pascal, cuando dice: " Jesucristo, sin oírnes y sin ninguna ostentación de ciencia, está en su orden de santidad. Nada inventó, no reinó; mas fue humilde, paciente, santo para Dios, terrible a los demonios, sin ningún pecado".

Después de lo que veníamos diciendo y aclarada esa primera ambigüedad, no queda duda que existe un dominio de la civilización cristiana. Históricamente se verifica lo mismo: el cristianismo fue y continua siendo para toda una parte de la humanidad esta religión, elemento constitutivo de toda civilización integral; y cualesquiera que sean las reservas que debamos hacer de inmediato, es totalmente cierto que él ejerció una influencia sobre las instituciones y las costumbres. Las fallas evidentes de las civilizaciones así llamadas cristianas podrían a veces ocultarnos este hecho. Las fallas, sin embargo, no nos deben llevar a desconocer la contribución traída por el cristianismo, que promovió el respeto por la persona humana, elevó la condición de la mujer, luchó por la fraternidad entre los hombres de todas las razas.

Pero la civilización cristiana también representa una realidad permanente. Hemos destacado bastante que el fin propio del cristianismo se ligaba a los destinos supremos de la humanidad; y nos cabe el derecho de recordar que él no por eso deja de interesarse por los destinos supremos de los hombres. Lo que es verdadero en dos sentidos. De un lado, la sociedad terrestre depende de la ley de Dios, no en sus determinaciones particulares, sino en los principios que las rigen. La Iglesia siempre reivindicó su deber y su derecho de intervenir en ese dominio. Lo ha hecho así, en cuanto depositaria de la ley natural, que preferimos llamar Ley divina, pues es de Dios que le viene todo valor a los ojos del cristiano.

Esta concepción es, sin embargo, incompleta. Pues en la medida en que las instituciones son solamente la expresión de las relaciones entre los hombres, ellas reflejan normalmente el espíritu que domina tales relaciones. Por esto es natural que la transformación que trae el espíritu evangélico a las relaciones humanas se manifiesta igualmente en el plano de las instituciones. Esto aparece mejor en lo que atañe a la familia. Claro, tal influencia será siempre limitada y combatida. Ella sufre de la propia ambigüedad de la civilización cristiana. Sería inadmisiblemente refutarla. Y el drama no está en el hecho de que los cristianos hayan querido impregnar la civilización con el espíritu del evangelio sino en que no lo hayan hecho bastante.

Por otro lado, la Iglesia no puede desinteresarse de la civilización en la medida de que la ciudad del presente está ordenada en último análisis a la ciudad del futuro. La Iglesia recibió de Dios mismo la misión de llevar a todos los hombres a esta ciudad y en consecuencia tiene el derecho de exigir de la ciudad terrestre que no le opongan obstáculo. Puesto que si el cristianismo es libre con referencia a cualquier acontecimiento sociológico, si puede surgir en cualquier condición se concluye que un pueblo cristiano sólo es posible cuando existe un ambiente que le dé apoyo. En un mundo en que las instituciones se encuentran moralmente pervertidas o ideológicamente falsas no es posible un pueblo cristiano. En este sentido, debe el cristianismo, en el mismo nombre de su destino último, actuar según las instituciones presentes.

Cumple además decir, si de un lado es legítimo hablar de civilización cristiana por el otro es arriesgado hacer de ella un mito y llegar a creer que el reino de Dios es posible en la tierra. La civilización será siempre algo más impuro, a lo menos imperfecto y trunco. No es el mundo de la justicia anunciada en las bienaventuranzas ni el de la ciencia de Cristo; antes bien será preciso domesticar en él las fuerzas siempre confusas y en el cual los resultados serán siempre precarios y exigüos. No nos asustemos: el reino de Dios no es de este mundo o, si existe en este mundo, es en el reino oculto de los corazones que se construye la ciudad de los santos que un día se habrá de manufacturar .

Resta recordar que la civilización no está exenta de tentación para los cristianos. Cuando sean perseguidos por la ciudad, no les costará mantener una esperanza superior. Sin embargo, cuando sean señores de la ciudad, correrán el riesgo de ser enterrados en ella. Manejar dinero, hacer política, es siempre una colada. Cuántos hay que con las mejores intenciones se dejaron envolver en ese trama! El mayor peligro para los cristianos no es la persecución sino la mundanización. El drama de la civilización cristiana es que el compromiso temporal puede ser al mismo tiempo un deber y una tentación, peligro de no conservar viva la dinámica de la esperanza escatológica y de la misión civilizadora, de no encontrar la justa articulación entre una y otra.

Estamos así delante de un nuevo aspecto de la ambigüedad de la civilización cristiana, que nos dá la razón del porqué los cristianos a quienes más irrita esa palabra, paradójicamente son casi siempre los más absorbidos por las cosas temporales. El hecho trae un malestar. La incomodidad se refiere no ya a la civilización cristiana como tal, sino a nuestra civilización, en cuanto tenida como cristiana. La ambigüedad reside en el mundo actual y en su derecho de llamarse cristiano. La explicación no es fácil. Para algunos, hubo una civilización verdaderamente cristiana, la de la Edad Media, que se prolongó hasta el siglo XVII y fue solapada por el Renacimiento. Estaríamos, en una época de decadencia y de disolución de la civilización cristiana occidental.

Un punto de vista exactamente opuesto defendió el escritor austríaco Friedrich Herr. El verifica que en la realidad las instituciones medioevales que forman la estructura de la civilización, de hecho no fueron cristianizadas. El derecho de propiedad, especialmente, quedó siendo el *jus utendi et abutendi* romano, no bautizado por la concepción judeo-cristiana de la primacía de la finalidad de los bienes sobre su apropiación. El despertar de los modernos nacionalismos también atestigua cuán superficialmente ellos habían sido integrados en la familia cristiana. De allí puede Herr concluir: para hablar con propiedad nunca hubo en Europa un cristianismo con miras largas, vivo y fecundo. Para él, la civilización cristiana es más un futuro que un pasado.

En realidad, los dos puntos de vista están errados. Las instituciones evolucionan con el tiempo. Ellas son la expresión de nuevas situaciones económicas, políticas y sociales. El cristianismo, como observa Mounier, no hace surgir instituciones directamente. Actúa sobre ellas lateralmente, purificándolas de excesos, conformándolas a exigencias espirituales. De esa manera influyó sobre la esclavitud, sin condenarla como tal, mas creando un espíritu en que ella no podría subsistir. Tal empeño debe recomenzar siempre de nuevo, a medida que las nuevas condiciones se van creando. En ese sentido, hay una ambigüedad fundamental en la civilización cristiana, y no debemos escandalizarnos si ella existe en la nuestra.

Hay, sin embargo, otra ambigüedad -evitable en sí- que nos aflige. Es el hecho de ser nuestra civilización cristiana, por un lado, heredera de valores cristianos auténticos. Verdad desconocida por los que suponen malas en sus raíces las estructuras de la civilización occidental de hoy, y juzgan necesario suprimirlas y sustituirlas por otras, las únicas que permitirían el desarrollo del cristianismo. Ilusión peligrosa, pues desconoce lo que subsiste de auténtica civilización en la vida familiar, en el derecho de las personas, en las bases culturales de la sociedad en que vivimos. Sería liviandad por parte de sus beneficiarios y herederos reparar solamente en las fallas del cristianismo y hacer de él caso omiso.



Por otro lado, también es verdad, que esta civilización no es realmente cristiana, sino más bien infiel a sus propios principios. Por esto nos repugna darle ese nombre que nos causa la impresión de un tremendo fariseísmo. Aquí está el porqué fácilmente nos inclinamos a no tenerla en debida cuenta, no por desprecio a la civilización cristiana, sino porque nos sentimos engañados en la alta concepción que de ella tenemos - y, por una especie de resentimiento, daríamos preferencia a una civilización no cristiana antes que una cristiana desnaturalizada. La hostilidad de ciertos cristianos de hoy a la idea de civilización cristiana, ¿no sería, acaso, la expresión de un amor desilusionado?

Aunque seduciendo solamente a algunos espíritus, tal posición sería peligrosa. Peligrosa porque sería un error despreciar toda herencia de las eras cristianas, sólo porque la influencia del cristianismo sobre la civilización no fue tan maciza cuanto sería de desear. Algunas formas de esa herencia, pueden parecer solidarias con estructuras culturales o sociales sobrepasadas, más, amén de esas formas exterior, existen ciertos valores humanos permanentes que fueron adquiridos. El problema no está en rechazarlas, sino en expresarlas en una forma adaptada a nuestros tiempos. Es perfectamente posible hacer pasar un país de civilización cristiana tradicional a una civilización cristiana renovada, pero operando con la economía de la descristianización.

**Aquí está el problema real. No en el apego a ciertas formas históricas en sí, sino en la fidelidad a una condición esencial al cristianismo. Semajante exigencia expresa el hecho de que Cristo vino a salvar todo lo que había sido creado. La redención mira, entonces, solamente a la creación. La lleva a su fin último. Y la civilización forma parte del orden de la creación. Expresa el desdoblamiento de la actividad del hombre que realiza su vocación perfeccionando el mundo a través de su inteligencia y de su trabajo. Las civilizaciones históricas no pasan de aspectos diversos de esta civilización fundamental. Si el cristianismo no se haya ligado a ninguna civilización en particular, ni en el tiempo ni en el espacio, en contrapartida, es propio de su esencia el salvar todo lo que fue creado, y, por tanto, también el trabajo y el espíritu del hombre. De esta forma, la civilización precisa del cristianismo, también en su esfera propia, pues el pecado del hombre le impide realizarse plenamente, incluso desde el punto de vista natural. Ella tiene necesidad de ser curada como todas las realidades humanas que fueron heridas. Y una de las características de la civilización actual es la conciencia de los peligros con los que el progreso humano envuelve a la humanidad, en cuanto prisionero de las potencias de las , de la voluntad de poder, o de la pasión de adquirir, que lo falsean y desvían de su objetivo.**

El cristianismo, a su vez, tiene necesidad de la civilización. El trabajo del hombre, despierta igualmente este aspecto: compete al cristianismo asumir todas las realidades humanas para consagrarlas. El no está ligado a ninguna cultura geográfica, y mucho menos a una cultura histórica. O mejor: está ligado a todas. Igualmente a la de hoy. El mundo moderno le fue confiado por Dios para que lo consagre. Huiría de su misión en caso de que recusase esta tarea. La civilización industrial comenzó a construirse fuera de él. Más ella sólo podrá alcanzar su perfección cabal por intermedio del cristianismo. Ella entra en el ámbito de la actuación propia del cristianismo.

Extrañanme los cristianos que para conservar las manos inmaculadas, se mantienen al margen de las realidades humanas. Gustanme los que se empeñan por hacer penetrar el cristianismo en la masa de los hombres, aunque tengan que sufrir pisaduras. Amo a la Iglesia que se sumerge en lo más cerrado de la historia humana, y no teme comprometerse envolviéndose en las historias de los hombres, en sus conflictos políticos y en sus lides culturales. Amo a la Iglesia, porque ella ama a los hombres, y por eso va en busca de ellos donde ellos están. Amo aún más a la Iglesia que se sujeta a las salpicaduras del barro de la historia, porque en él está envuelta la Iglesia de los pobres - la amo más que a los fariseos de manos pulidas que le denuncian su flaqueza y jamás salvaron un hombre.